

LA FACULTAD DE TEOLOGIA EN LA GLOBALIDAD DE LA VIDA DE LA IGLESIA

INTRODUCCION

El hecho de haber sido durante algunos años Profesor de dos Facultades Teológicas, e incluso Decano en una de ellas, y la circunstancia de ser actualmente Obispo de una diócesis, pueden explicar el que se me haya confiado desarrollar este tema, dentro del conjunto de actos conmemorativos del Centenario de la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto. Dejando de lado la cuestión del acierto o desacierto de tal designación, quiero, de entrada, haceros una pequeña confesión. Me parece como si internamente sintiera la tentación de pedir a una Facultad de Teología y, más en particular, a los Profesores de ella, todo aquello que yo hubiera deseado que hubiesen sido las Facultades de Teología a las que serví o que hubiese sido yo mismo. Y todo ello no sólo desde la perspectiva de entonces, sino también desde la actual, propia de quien ve a la Iglesia con una visión más amplia que la concreta del Profesor de Teología, la perspectiva global de un Pastor de la Iglesia.

No quisiera, digo, caer en la tentación de pedir lo que no fui capaz de dar, y mucho menos en la tentación de «pedir la luna». Consciente de ello, quisiera exponeros cómo un Obispo ve la función de una Facultad de Teología o, si queréis, el quehacer o la tarea eclesial de una Facultad de Teología, dentro de la globalidad de la tarea de la Iglesia al servicio del Evangelio. Y además pretendo hacerlo con pocas pretensiones científicas, ya que existen abundantes trabajos sobre este tema, mucho más autorizados de lo que yo pudiera decir.

Mi aspiración es mucho más sencilla y, diría, más humilde. Tra-

taré de pedirlos el servicio que quizás no tenga ni siquiera derecho a pedirlos, pero que como Obispo veo que es necesario y que, obligados o no en virtud de vuestra función, desearía que en la medida de vuestras posibilidades lo aportarais para bien de la Iglesia. Evidentemente, mis planteamientos no pueden ser completos y totales; habré de limitarme a sugeriros unos aspectos del tema.

1. EL TEOLOGO: UN CREYENTE

Antes de empezar con planteamientos institucionales y colectivos, con tareas científicas y doctrinales, comenzaré por *la persona del teólogo*, es decir, por la persona de quien en una Facultad de Teología de la Iglesia hace y enseña Teología. Aparte de que también en este orden de cosas son las personas las que dan contenido histórico y concreto a las instituciones, el reconocimiento de la importancia de la función del teólogo y de su misma dificultad me lleva a comenzar desde aquí, queriendo significar también así mi estima y mi aprecio personal por todos y cada uno de ellos.

Ante todo, el teólogo que está al servicio de una Facultad teológica en una Universidad de la Iglesia ha de ser y ha de manifestarse como un creyente. No entro en planteamientos jurídicos, ni en la solución de los conflictos que la libertad de investigación y la libertad de conciencia, de una parte, y la misión eclesial y el carácter confesional de la institución, por la otra, puedan originar. Pienso más bien en el gran servicio eclesial que dentro de la tarea global de anunciar y testimoniar la fe puede prestar un teólogo. Soy consciente de la profunda dimensión personal y subjetiva que la misma autoidentificación como creyente lleva consigo. Si en algo ha de hacerse presente la verdad de la fidelidad a la propia subjetividad, ha de ser precisamente en la dimensión religiosa de la existencia humana, dimensión abierta a la plena transparencia ante la verdad que afirma la fe en Dios, en su Palabra. Sé también que la fe no es el resultado de una conquista meramente racional y científica, ni tampoco el efecto de una mera afirmación ciega y voluntarista. Andan por medio dimensiones transcendentales que van más allá de las imposiciones institucionales y corporativas. A pesar de todo, mantengo mi afirmación sobre la enorme importancia eclesial del compromiso creyente del teólogo.

No lo digo arbitrariamente ni tampoco, creo, sin caer en la cuenta de todas las implicaciones de mi afirmación. El teólogo se enfrenta con una doble tarea de confrontación científica. Si quiere ser fiel a

su propia identidad, habrá de aplicar el rigor de la investigación científica en una doble dirección: la aplicación de los métodos científicos a la investigación teológica y la confrontación de la teología o, mejor aún, de la fe, con la metodología científica aplicada a la universalidad del saber humano. Cabría decir que el reto de la ciencia a la fe, en esta doble dimensión que acabo de sugerir, que se plantea en un nivel objetivo e impersonal y que está ahí independientemente de las personas, por ser inherente a la misma realidad del conocer creyente y del conocer científico, se personaliza en forma de auténtico drama, en ocasiones, en la persona del teólogo.

Desde esta perspectiva, la fe del teólogo está sometida a una permanente búsqueda, en la que la adhesión del creyente no desconoce la oscuridad y la incertidumbre ante las cuestiones una y otra vez planteadas que, aun antes de ser resueltas, interpelan a la autenticidad de una conciencia que no renuncia a ser fiel y leal ante la Verdad. Existe objetivamente un conflicto en la docilidad exigida por la fe, y el rigor de un pensamiento que no se doblega por razones extrínsecas a los criterios de adhesión a la verdad que la conciencia debe asumir, incluso para hacer buena Teología. Es en la intimidad de la propia conciencia donde se va actualizando una opción por la Verdad que arrastra todo el ser del creyente, opción de la que no es ajena la misma presencia de un Espíritu que ayuda y posibilita la fe.

Considero, por ello, que es de una importancia eclesial extraordinaria la fe de los teólogos, con sus luces y oscuridades, con su firmeza y su debilidad, por ser ellos quienes, por oficio, tienen que enfrentarse con la búsqueda de la Verdad y de su propia verdad. El teólogo que se enfrenta auténticamente con su quehacer no puede hacer ciencia teológica al margen de la fe, no puede hacer teología sólo para otros creyentes distintos de sí mismo. Si la teología es algo más que un puro estudio de las diversas formas en las que históricamente ha sido formulada o expresada la fe y va más allá de un mero análisis sociológico de las expresiones de la fe, necesita situarse en el ámbito de una relación a la fe, de la que permanentemente recibe la llamada al juicio de la verdad. La teología lleva consigo una consustancial subordinación a la fe, sin la cual perdería su más original autenticidad.

Desde esta misma perspectiva es desde donde ha de juzgarse el valor y la verdad de la teología que él está haciendo. La comunidad cristiana no cree en una teología, cree en un mensaje de salvación que proviene de Jesús, que es El mismo. No sólo en el teólogo, también en la Iglesia, en la comunidad cristiana, la teología está al servicio de la fe, es juzgada por ésta. El teólogo debe ser el primer cris-

tiano que, por conocer él mismo el alcance y las limitaciones de su quehacer, ha de relativizar el valor de la teología que hace para mejor servir a su fe y a la fe de la comunidad cristiana. Creo que es así como debe ser rectamente entendida la afirmación de que la teología está al servicio de la fe de la Iglesia, sin que ello suponga ninguna manipulación interesada de la verdad, ni una renuncia a las exigencias objetivas del rigor de la investigación y de la ciencia.

La Iglesia necesita del testimonio de unos creyentes que siguen siéndolo de verdad, a pesar de que no saben quizás responder a las cuestiones que su misma investigación les ha planteado. Y ello sin olvidar que ésa es la fe de la Iglesia y en la Iglesia, ya que es la comunidad cristiana la que ha recibido la garantía de una presencia del Espíritu, que asegure la permanencia y la continuidad de la fe. Aquí está, a mi juicio, el fundamento de esa humilde aceptación que el teólogo, como cristiano que es, debe a la subordinación de sus posiciones teológicas personales a la comunidad cuya fe comparte. Y considero que supone un auténtico empobrecimiento de esta problemática el verla solamente desde la perspectiva jurídica de los enfrentamientos entre la libertad del teólogo y los derechos de la Jerarquía. Antes de llegar a ese nivel existe otra realidad anterior, que es la dimensión comunitaria de la fe del creyente y también del teólogo. Tratemos de ahondar un poco más en esta problemática que considero importante.

Soy consciente de la imposibilidad de formular y de expresar la fe, de adherirse a ella, al menos si queremos darle un cierto contenido que vaya más allá de una pura afirmación emocional o formal, si carecemos de una mediación teológica. Caigo en la cuenta del riesgo que corremos de vaciar la fe de toda significación, si intentamos separarla de cualquier mediación teológica. Pero, a pesar de ello, habremos de decir que las conquistas teológicas lo son solamente en la medida en que son autenticadas como válidas por una fe que es previa a la teología. Lo cual quiere decir que la Iglesia debe ser capaz de pronunciar su fe aun para juzgar a la teología. Y es aquí donde emerge un aspecto importante del quehacer activo del teólogo al servicio de la fe de la comunidad cristiana. Ayudarle a descubrir la continuidad de la fe, a partir de las afirmaciones más o menos permanentes de la teología, y también de sus intentos caducos y meramente históricos de expresar la vigencia permanente de un mensaje recibido, acogido y transmitido. Es ésta una tarea mucho más activa y arriesgada que la que podría insinuarse con la mera afirmación de que el teólogo debe creer la fe de la Iglesia y debe subordinarse a ella. Por el contrario, el teólogo debe ayudarnos a la comunidad cristiana y a los obispos a

descubrir cuál es esa fe, inseparable de las expresiones teológicas, pero irreductible a ellas. Debe hacerlo, aun sabiendo que también aquellos a quienes corresponde ser defensores de la fe, garantes de su continuidad, fieles custodios del depósito recibido, tienen el riesgo inevitable de confundir la teología con la Fe. No me equivoco, creo, si afirmo que es aquí donde puede estar una de las causas más graves de las dificultades que los teólogos pueden tener en sus relaciones y en su diálogo con la Jerarquía. Y es aquí también donde habrá de justificarse el talante pedagógico de un teólogo que sirve a la fe de la comunidad, siendo consciente de que no son independientes la fe y la teología en los creyentes concretos y que, por otra parte, ninguna formulación teológica puede tener la pretensión de ser, por sí misma, tan absoluta como la fe.

Si todas estas consideraciones no pueden quedar en puras afirmaciones formales, han de enfrentarnos con una exigencia práctica: la búsqueda personal, hecha por el teólogo, de la dimensión comunitaria de la fe, que él mismo debe actualizar en su experiencia creyente. Parece claro que el teólogo no puede menos de vivir, también él, comunitariamente su fe. El teólogo no puede renunciar a la investigación teológica, a las fuentes, a la bibliografía, a los estudios, a la metodología teológica en definitiva. Pero creo que debe decirse, al mismo tiempo, que el teólogo no puede renunciar a buscar la fe en la comunidad y a vivirla en ella.

Habremos de ocuparnos también de este tema más adelante, desde una perspectiva diferente, aquí lo hacemos para decir que el sentir de la comunidad, sus preguntas y sus afirmaciones, deben ayudar a autenticar la fe del teólogo y a afirmarla. Ello exige compartir la vida cristiana con las diversas formas en que la comunidad cristiana se hace presente, sin excluir esa piedad popular de la que el teólogo no sólo es maestro y juez, sino también discípulo o mejor miembro activo de un encuentro en el que confluyen voces distintas para expresar la única fe. No es suficiente decir que la piedad popular es útil porque puede ser instrumentalizada al servicio de un Evangelio liberador, interpretado y dirigido por unos maestros que actúan sobre ese pueblo creyente. Se exige otro talante, el propio del que sirve sabiendo escuchar, aprender, discernir, responder, enriquecerse, aportar lo propio en una tarea colectiva. Yo creo que el teólogo que trabaja en su laboratorio teológico no llegará a prestar el servicio que supone testificar una fe comunitaria, recibida y vivida en la comunidad si, al mismo tiempo, no es capaz de escuchar el palpitar de un pueblo creyente, en la amplia policromía de una vivencia de fe.

No puedo desconocer o ignorar el hecho de que al hablar de comunidad cristiana tenemos el riesgo de ocultar las múltiples divergencias que existen en las mismas manifestaciones comunitarias de la experiencia creyente. Corremos el peligro de hacer de la comunidad una abstracción, de la misma manera que corremos el peligro de hablar del «pueblo», olvidando sus múltiples y, a veces, contradictorias manifestaciones. Puede suceder lo mismo en la comunidad cristiana. Pero es ése también un dato que el teólogo no puede ignorar en el momento de transcender todas las mediaciones de los grupos, condicionadas por posiciones políticas, económicas, culturales y aun afectivas, para alcanzar el contenido definitivo, el núcleo de algo que, a pesar de las diferencias y del pluralismo, nos hace sentirnos en comunión. Y sería vana la pretensión de quien quisiera decirnos la fe desde su lenguaje propio, ignorando los lenguajes pronunciados por aquellos de los que puede estar más o menos cercano o alejado.

Podríamos continuar estas reflexiones en el intento de situar a los agentes responsables de una Facultad de Teología dentro de una comunidad a la que sirven como creyentes y que los hace también creyentes. También ellos viven su fe «in Ecclesia», dentro de la Iglesia. Pero lo dicho puede ser suficiente para insinuar una pista de reflexión que seguramente el mismo teólogo podrá formular con mayor rigor y profundidad científica. Este «sensus Ecclesiae» del teólogo podría prestarse, creo, a un tratamiento más amplio y comprometedor del que estamos habituados en nuestros tratados habituales.

2. LA FACULTAD DE TEOLOGIA AL SERVICIO DE LA HISTORICIDAD DE LA FE

En esta segunda parte tendré ante los ojos a una Facultad de Teología, considerada como un todo y portadora, como tal, de una misión o tarea colectiva y eclesial. Y lo hago partiendo de la base de que también la Facultad de Teología es una forma de presencia y de acción de Iglesia, cuya aportación específica tratamos de definir. Y quiero hacer a este respecto una aclaración que espero no sea superflua, y es la siguiente. El hecho de que predomine frecuentemente entre nosotros una visión jerárquica de la Iglesia, hasta el punto de que al hablar de Iglesia pensemos casi espontáneamente en su estructura y representantes jerárquicos, hace que la dimensión eclesial de una Facultad Teológica suscite inmediatamente cuestiones de relaciones jurídico-administrativas, competencias y autonomías, y otras cosas más que, aun

siendo muy importantes, no dejan de quedar en la corteza del tema. La Facultad de Teología es Iglesia porque, allí donde está, tiene una tarea eclesial que cumplir. Esto es importante.

Y digo allí donde está porque estimo que no es indiferente para ser, sentirse y hacer Iglesia estar en un lugar o en otro, a la manera de un cuerpo extraño sobreañadido, que funciona con sus propias normas internas de funcionamiento y con su dinámica autónoma y original, al margen de un contexto sociológico y eclesial en el que, por necesidad, esa posición de Iglesia tiene que estar situada. La necesaria relación que una Universidad de la Iglesia y, en particular, una Facultad de Teología tiene que tener con la Santa Sede y con la Congregación de Seminarios y Universidades no puede convertir a esa Facultad en una realidad metahistórica, en su doble coordenada del espacio y del tiempo. Antes de plantearse el tema en sus expresiones jurídicas hay que situarlo en la verdad de sus relaciones o dimensiones eclesiales. La solidaridad o la comunión con la Iglesia es una dimensión esencial a toda porción que es Iglesia y realiza, por ello, una forma de presencia y de acción eclesial. El redescubrimiento de esta «localidad» de la acción evangelizadora incluso de parte de las llamadas Ordenes exentas de la jurisdicción del Ordinario del lugar (advíertase la misma parcialidad y limitación del lenguaje) nos obliga a reconducir el mismo planteamiento a las Facultades Teológicas que con frecuencia dependen de instituciones eclesiásticas de esta naturaleza y que, además, pueden tener una exigencia de universalidad en razón de la misma apertura propia de los estudios y de la investigación universitaria. En la medida en que a la Iglesia vamos dando un contenido histórico, temporal y local, sin que ello suponga ignorar ni infravalorar su catolicidad, habremos de dar también esa misma dimensión a las acciones y formas de presencia eclesiales, incluida la investigación y la difusión del saber teológico.

Hay otro aspecto también que quiero subrayar, a partir de la afirmación de que la Facultad de Teología es una forma de acción y de presencia eclesial. Me refiero a su dimensión corporativa. Quiero, con ello, indicar que una Facultad no es una multiplicación o yuxtaposición de acciones individuales, cuya conjunción dé por resultado un todo más o menos armónico. La Facultad es una tarea común, un quehacer colectivo, que surge de la solidaridad de quienes comparten sus trabajos, no sólo en el momento de defender los intereses del grupo frente a instancias externas de diversa índole, sino también y principalmente en el momento de enfrentarse con una tarea común. Quizás esta perspectiva sea fácilmente perceptible en el momento de abordar

el objetivo de elaborar un plan académico global y coherente, en el que las diversas disciplinas, cátedras, seminarios de investigación, cursos especiales y otras actividades más han de entrelazarse para atender a los distintos campos que ha de cubrir el estudio y la investigación teológicos. Pero esta exigencia de acción corporativa o colectiva de una Facultad ha de plantearse también en el momento en que se estudie la respuesta que como acción eclesial unificada o coherentemente estructurada y globalizada, haya de dar a la demanda de una Iglesia que espera la aportación que, como forma de presencia de esa misma Iglesia, la Facultad ha de dar en el hoy y en el aquí de su propia ubicación histórica. También aquí se percibe la necesidad de un «sensus ecclesiae» que debe inspirar la actividad de la Facultad.

Comprendo la dificultad de alcanzar lo que pido. Conozco por experiencia la división de trabajo y la especialización que está en la base de la investigación, también de la teológica, y los consiguientes modos de comportamiento que origina todo ello. Descargar esta responsabilidad en el Decano, lo sé por experiencia, no resolvería en absoluto la cuestión. Ni siquiera seremos capaces de formular con precisión qué es lo que más en concreto debe significar esa respuesta colectiva de una Facultad a las demandas eclesiales de la que ella es objeto. Pero no estará de más que nos planteemos el tema para tratar de ir suscitando una sensibilidad que permita clarificarlo y resolverlo acertadamente. Considero, además, que la cuestión es importante en un momento en el que nuevamente se vuelve a plantear, con una urgencia muy apremiante, el tema de la planificación de Facultades y de Universidades. Supondría un retroceso muy lamentable el que al dar una solución se tuvieran en cuenta solamente las coordenadas jurídicas, económicas, administrativas e incluso «posibilistas» del problema, ignorando esa otra dimensión de la función de las Facultades teológicas que proviene de su inserción en una Iglesia y en un medio socio-cultural determinados.

Precisamente es con el fin de aportar algo en esta dirección por lo que he querido dirigir mi reflexión al hilo del servicio que la Facultad de Teología puede prestar al carácter histórico de la fe. Y he de indicar, de entrada, que no quisiera que esta formulación tuviera para nadie resonancias de un cierto relativismo histórico, en contra de la fidelidad debida a una tradición cristiana y eclesial auténtica, dentro de la cual quiero que discurra esta reflexión.

Quiero recordar brevemente que en la fe que nuestra Iglesia de hoy y concretamente aquí, en este contexto socio-cultural en que ella y nosotros estamos insertos, profesa en Jesucristo y en su Evangelio,

hemos de descubrir una doble dimensión: la continuidad y la actualidad de la fe y de la respuesta que el creyente y la comunidad cristiana han de dar a Jesús. Sin continuidad no podríamos afirmar que la fe que profesamos es la fe apostólica; sin actualidad no podríamos decir que la nuestra es una profesión de fe. Creemos cuando, de verdad, aceptamos que el mensaje de Jesús, que El mismo, es hoy y aquí válido, en la línea de la liberación o salvación que de El hemos de esperar. Vista desde esta perspectiva total, la fe es una realidad ya hecha, cerrada, acabada por así decirlo, en la comprensión globalizante del misterio de Jesucristo; pero por la misma razón hemos de decir también que la fe es una realidad abierta e inacabada, permanentemente interrogada, no sólo para explicar su propia verdad teórica, sino para justificar su verdad total y práctica que la convierta en una palabra capaz de provocar una respuesta interesada y válida a preguntas que también hoy el hombre puede hacerse y debería hacerse para llegar a una plena comprensión de sí mismo. Si Cristo no valiera hoy para entablar un diálogo así con el hombre y con la historia de hoy, no entiendo qué es lo que podría significar la profesión en la verdad de la fe cristiana.

Perdonad los especialistas en la cuestión y estoy dispuesto a corregir mis afirmaciones, pero creo que la misma metodología histórico-crítica, asumida en la exégesis bíblica, nos sitúa ante la necesidad de afirmar esa diversidad de experiencias históricas de la fe, formuladas incluso a través de diversas mediaciones teológicas, no obstante la afirmación de una experiencia cristiana originaria e irrepetible que ha de sobrevivir en la Iglesia y en las Iglesias a través de los tiempos y de las culturas, y que podrá justificar la existencia de una auténtica comunión, dotada de un contenido real. La «lejanía» de la Revelación, mediada por diversas experiencias históricas, no debe conducir a un criticismo que vacíe de contenido nuestra fe en Jesús y en su Buena Noticia. Pero a la inversa, no hemos de desconocer que es cada comunidad cristiana la que, desde su situación concreta, ha de decir su fe y confesar que para ella, de una forma particular, Jesús es el Señor que la salva. La fe es así una permanente memoria de Jesús (=anámnesis), pero es también una creación que redescubre el valor de Jesús para cada cultura, para cada situación colectiva condicionante del pensamiento y del comportamiento personal, y en definitiva para cada hombre que se enfrente con su razón de vivir.

Si todo esto es fundamentalmente verdad, aun cuando esté más o menos precisamente formulado, creo que la Facultad de Teología tiene una función importantísima que cumplir en la vida de la Iglesia

y de la Iglesia del lugar histórico y geográfico en que está ubicada. Diría en una formulación escueta, que la teología nos debe ayudar a creer de verdad, pero no en una teología, sino en Jesucristo; no sin teología, pero sí superando cualquier forma de reduccionismo que pretendiera agotar la fe en una determinada teología; consciente de la gran importancia y de la ineludible necesidad de una mediación teológica, pero con la humildad del teólogo que sabe que las teologías pasan y que la fe permanece.

Y puesto que solamente la teología que se hace dentro de la Iglesia es la que le asegura, más que el saber científico personal del teólogo, la garantía de que perviva en él la memoria de Jesús, es la razón por la que hemos de decir que la vía teológica no es la única vía de acceso a Jesús, ni siquiera para el mismo teólogo. Y que por ello es necesaria aquella dimensión comunitaria del creer, a la que me refería en la primera parte de esta exposición.

Al tratar de concretar un poco más estas afirmaciones por necesidad un tanto genéricas, no puedo menos de hacerme eco de una cuestión que plantea una seria dificultad y que ha sido, por mi parte, objeto de largas reflexiones, estudios y discusiones, sin que, a decir verdad, pueda decir que el tema esté cerrado. Es posible que, dentro de no mucho tiempo, pueda ver incluso la luz pública un sencillo trabajo en colaboración, hecho con Profesores que lo son también de esta Universidad. Me refiero a la dificultad de llegar a un análisis e interpretación de lo que pueden ser los elementos que determinan o definen un medio socio-cultural determinado¹.

En efecto, si la comprensión de la fe que ha de posibilitar la respuesta del creyente ha de realizarse desde un medio socio-cultural determinado, es evidente que la autocomprensión de ese medio socio-cultural habrá de ser condicionante de la expresión de la fe. Y es aquí donde la misma indefinición de lo que es la cultura de un pueblo, las diversas interpretaciones que a ella se pueden dar, la dificultad de discernir los elementos propios y los elementos genéricos en la interrelación de las culturas de los pueblos, la clave económico-clasista o histórico-popular desde la que se quiera leer e interpretar la cultura, etc., hacen, entre otras razones, hartamente difícil el llegar a expresar con nitidez lo que hoy y aquí puede significar creer de verdad, según el modo de expresarme a lo largo de esta exposición. Sin que sea inútil recordar aquí que el pluralismo más fácilmente perceptible desde una

¹ Esta obra ha aparecido con el título de *Conflicto cultural y comunidad cristiana*, en Idatz-Desclée de Brouwer, 1981, p. 220.

perspectiva cronológica y geográfica, habrá de tener también algo que ver dentro de las mismas coordenadas geográficas y temporales, en razón de la diversidad de clases sociales, de tradiciones lingüísticas, de herencias históricas, y de otras diversas razones. Creo que el teólogo que al hacer teología fuera consciente de todas estas realidades, prestaría un gran servicio a la comunidad cristiana, solamente por el hecho de haber incorporado a su reflexión toda esta riqueza de planteamientos inherente al contexto socio-cultural en que su trabajo específico se sitúa. No se trataría de confundir Teología con Sociología o cualquier otra rama del saber humano, pero sí de adquirir un talante espiritual que acercara la tarea teológica a la realidad, tanto como ha de estarlo la fe respecto de la vida humana total de los creyentes.

3. ALGUNAS TAREAS CONCRETAS

Me atreveré a sugerir algunas tareas concretas que, a mi juicio y en la línea de lo que he venido indicando, correspondería realizar a una Facultad de Teología, incluso a través de un trabajo interdisciplinar con otras Facultades. Evidentemente he de tratar de tematizar algunos objetivos fundamentales, con riesgo de olvidar puntos muy importantes. De todas formas, desde una perspectiva pastoral de Evangelización, he aquí los que me parecen más apremiantes:

1. Descubrir *las raíces de la increencia* del hombre de hoy, pero en el contexto concreto en el que vive ese hombre trabajado por la dificultad de abrirse a un absoluto trascendente y, en particular, a la fe cristiana.

Evidentemente es éste un problema de siempre y de todas partes, pero no cabe duda de que se replantea una y otra vez a partir de condicionantes nuevos de carácter histórico, ideológico-cultural y aun económico. El fenómeno de la sociedad secularizada y científica es universal; ello no obstante, esa corriente cultural incide de forma concreta en cada medio social. Se impone la tarea de estudiar el hecho de la increencia no sólo en los autores de influencia universal, sino en los nuestros, en la cultura vasca que va surgiendo, a veces con reacciones históricas originales, motivadas por razones particulares que hay que analizar. Incluso cabe decir que la increencia no ha de estudiarse sólo en los libros, sino también en las personas concretas y en los diversos medios sociales, en las corrientes de pensamiento y de acción influyentes en nuestras gentes.

Pienso, además, que la increencia no ha de buscar solamente sus

raíces en la teoría de las ideas, sino también en los comportamientos inspirados por ideologías más o menos cerradas, en las que difícilmente puede quedar un resquicio a la apertura a otras dimensiones del pensar y del actuar.

2. Desde un planteamiento dialécticamente opuesto al anterior, es una tarea urgente eclesialmente la de mostrar hoy y aquí *el valor de la fe cristiana*.

Es importante descubrir (=revelar) de alguna manera que la fe es respuesta a algo humano importante y no trivial, para que pueda decirse que el Evangelio es realmente una Buena Noticia anunciada y ofrecida al hombre. Es éste un tema que está íntimamente ligado con el humanismo de la fe cristiana, con la aspiración a una existencia salvada o liberada, dando a estas expresiones una significación original y no mediada por intereses ideológicos o manipulada en función de objetivos no identificables con la originalidad de la fe cristiana. Todas las discusiones teóricas sobre lo «sobrenatural», la gratuidad de la gracia y otras cuestiones semejantes deberían adquirir una dimensión histórica en el hoy y en el aquí, para poder decir que el hombre vasco, el hombre que vive en Euskadi, el pueblo, necesita del Evangelio, porque existe en él una palabra definitiva que el hombre espera.

Los sacerdotes, los obispos, lo decimos una y otra vez; nos gustaría poder decirlo con una lucidez mayor para que aquellos que oyeren nuestra palabra pudieran, al menos, cuestionar sus seguridades y ponerse en camino de creer.

3. Precisamente por esto necesitamos urgentemente la formulación de una *antropología cristiana* que nos pueda decir qué es ser cristiano en la sociedad en que vivimos, cómo debería situarse el creyente que lo es de verdad, ante las realidades socio-político-económicas y culturales.

En otras palabras, hemos de descubrir y de presentar con realismo y con audacia qué quiere decir ser cristiano. Es una de nuestras tareas pastorales más urgente. Pretendemos pasar de una fe sociológica a una fe personal; estamos persuadidos de que ello no es cuestión de pura indoctrinación, sino que la «conversión» a la fe implica haber descubierto una forma nueva de vivir la existencia humana en Jesús, el hombre nuevo. No podemos conformarnos en sacralizar una vida no renovada, ni podemos caer en la tentación de revestir de gracia una vida hecha de pecado. Aquellas controversias con ciertas interpretaciones luteranas tienen una permanente actualidad, pero planteadas de otra manera. Incluso hay en el tema perspectivas nuevas suscitadas por la afirmación de las dimensiones colectivas, estructurales

e institucionales de la injusticia, del pecado y de la violencia. No basta con afirmar que siempre es posible reaccionar desde el amor; es necesario dar un contenido a esta afirmación.

En medio de las tensiones, de los conflictos, de los sistemas económicos y políticos que operan a niveles nacionales e internacionales, necesitamos saber qué es ser cristiano para que veamos que merece la pena serlo y que tiene su justificación el empeñarse en conseguirlo. O si se quiere, ¿qué es una existencia liberada en Jesucristo, que pueda anunciarse por la calle, sin que la consecuencia sea una inevitable fuga al desierto o una pegatina sin consecuencias?

4. Necesitamos, por ello, una nueva expresión o formulación de la *ética cristiana*, liberada de los enfeudamientos en los sistemas y en las ideologías, que pueda anunciar un mensaje original a la sociedad y a los hombres, menos preocupada de anticipar o de sustituir al juicio de Dios, que de decir algo que potencie una vida gozosamente vivida, con esperanza, a pesar de los fracasos y de las crisis de nuestra cultura envejecida.

Es decir, una ética que, como concepción individual y comunitaria de la existencia, no sea arrastrada a la desilusión por el desencanto de una cultura europea envejecida o por el desajuste económico y la magnitud de los problemas sociales que arrastra consigo. Una ética que no pretenda dictar un modelo político-económico determinado, en virtud de una trasnochada confesionalización o de una opción más o menos prudencial, pero caduca. Pero sí una ética que permita vivir en tensión creyente el compromiso humano, político, sindical, cultural, familiar, sin que la fuerza de la acción, la coherencia absorbente de la ideología, la disciplina de los compromisos de partido, ahogue o relegue al ámbito de la pura intimidad, la dimensión creyente. Una ética que nos libere de caer en visiones parcializadas o mutiladas de la existencia humana, aunque desarrollen dimensiones auténticas del ser humano y cristiano, pero que se hacen falsas por deformes o desfiguradas.

Todo ello es necesario para hacer del Evangelio una palabra creíble.

5. La diversidad y complejidad del hecho cultural, a la que más arriba he hecho una rápida alusión, nos abre ante una urgente tarea de Iglesia, la de buscar formas de expresar, celebrar, vivir la fe cristiana *desde las propias raíces culturales* y lingüísticas.

Hago esta afirmación no sin una gran dosis de temor y rubor, pues soy consciente de que ni siquiera soy capaz de formular lo que deseo con suficiente precisión. Se habla actualmente de una necesaria des-europeización de la fe cristiana, en favor de su inculturación en otros

continentes e, incluso, en favor de una mejor inculturación de la fe en Europa. La evangelización ha sido y sigue siendo un modo de transferir también una cultura, no sólo como oferta pacífica, sino también como imposición violenta. No quiero insistir en ello; me interesa más subrayar la dificultad de evangelizar de verdad, cuando la comunicación está dificultada por utilizar «lenguaje», palabras y signos, pertenecientes a culturas diversas. Saltarán en seguida al foro de la discusión valores tan importantes como la unidad, la universalidad, la fidelidad a la tradición, la expresión sensible de una comunión eclesial real y no sólo de palabra. Todo ello es verdad, y es ahí donde radica la dificultad del tema. De no ser así, la Iglesia no hubiera seguido caminos equivocados solamente por mala voluntad.

Pero es precisamente por ello por lo que no podemos renunciar a enfrentarnos con el problema, aunque no veamos una inmediata solución. Las mismas coordenadas que definen los espacios de libertad en la Iglesia quizás merezcan ser revisadas. La unidad y el pluralismo, como fórmula de convivencia de las culturas dentro de la Iglesia, no pasa de ser, en ocasiones, una afirmación puramente formal y sin contenido, con la excepción quizás del uso de las lenguas vernáculas. Pero el tema merece un tratamiento y una investigación más profundos.

6. Temo equivocarme, pero no por ello dejaré de decir que es precisamente a partir de ahí desde donde asignaría a los teólogos una de sus tareas más importantes: la de ejercer una verdadera *función crítica eclesial* que muestre la debilidad de todas las realizaciones históricas de la fe y de la comunidad eclesial, al mismo tiempo que urge la llamada a una convergencia de todas las formas históricas de vivir comunitariamente la fe, hacia lo definitivo de la fe.

Ellos deben ayudarnos a superar las interpretaciones uniformes y simplistas de la unidad de la Iglesia, en favor de la libertad del creyente, y deben a la vez expresar una palabra que lleve a trascender la peculiaridad de la propia posición, en una apertura a la comunión eclesial realmente operativa. Aquí descubro yo la importancia de la libertad del teólogo en una Iglesia que es comunión de fe y de caridad, pero veo también la libertad que el teólogo ha de conservar respecto de su propia teología, tal como indicaba al apuntar a la humildad o debilidad de la teología. Libertad de teólogo unida a una gran sensibilidad y respeto hacia aquellos que viven más sencillamente su fe traducida en prácticas, en ritos, en «teología practicada», que es lo que han aprendido. Quizás en este campo no sean las mismas las sensibilidades de los Pastores y de los Doctores, pero ambas son necesarias.

7. Finalmente, la Facultad de Teología, los teólogos han de tener la libertad y la valentía de poder decir cuándo un intento de expresar la fe, motivado incluso por la mejor voluntad de actualizar el mensaje cristiano, *queda vacío del contenido* cristiano hasta el punto de no ser reconocible en ella la memoria eclesial de Jesús.

Es ésta una hipótesis que no debe excluirse por principio y que, en consecuencia, explica y justifica una toma de posición por parte de la comunidad cristiana en la que se ha de hacer posible la autenticación de la memoria de Jesús. Todo ello ha de ser compatible con el más riguroso reconocimiento de la libertad en la Iglesia y del reconocimiento de los derechos de la persona, incluida la del teólogo, dentro del ordenamiento jurídico eclesial. Lo que es lamentable es que ese discernimiento quede reservado a las instituciones jerárquicas, dándole al tema un matiz jurisdiccional que originariamente no debería tener, al menos en sus planteamientos de base y eclesiales. Si el tema de la libertad pública, tanto en la sociedad eclesiástica como en la civil, ha tenido originariamente una referencia vertical, expresada en el binomio autoridad-súbdito, es quizás llegado el momento de decir que también debe afirmarse y tutelarse la libertad horizontal, en un clima de colaboración, de diálogo y de búsqueda, en el que sea posible decir la verdad. La Facultad de Teología no debe perder de vista en tales situaciones, que cumple una función de servicio a la fe de la comunidad, que es un valor superior a cualquier planteamiento corporativo.

* * *

Y termino expresando mi más profunda convicción sobre el papel importante y la misión trascendental que las Facultades teológicas deben cumplir dentro de la Iglesia y, en particular, dentro de la Iglesia local. Si hubiera lugar a ello, habría que eliminar cualquier forma de reticencia y de reserva que, desde los intereses pastorales de la comunidad cristiana, pudiera haber respecto de las Facultades teológicas. Es demasiado importante para la vida de la Iglesia lo que a ellas les toca hacer; está en juego la permanente búsqueda de la verdad de Jesús, que es la que, en la caridad, edifica la Iglesia. La toma de conciencia de esta realidad debería llevarnos a todos a multiplicar los cauces de comunicación y a estrechar los vínculos de la comunión que hagan más luminoso el anuncio del Evangelio de parte de la totalidad que es la Iglesia. Una Facultad de Teología no puede ser un cuerpo extraño en la vida de una Iglesia; ha de ser la expresión de una vida que hay que

potenciar, un dinamismo cuya virtualidad hay que descubrir y enriquecer. Mis reflexiones han querido ser una aportación más o menos valiosa, vosotros lo juzgaréis, en esta línea de edificación de la Iglesia al servicio del Evangelio.

Obispo de San Sebastián
Guipúzcoa

† JOSÉ MARÍA SETIÉN